

Entonces el hombre me suplicó pusiese yo "agua" sobre su hija. A principios no comprendía lo que quería, pero cuando me indicó con una señal de mano que pedía pusiese "agua en la cabeza" de la niña, claro era que quería la bautizase. Por eso allí mismo en el camino, en medio del templo de la naturaleza encantadora de la región, y usando agua de los arrozales, bautizó a la pequeña paciente poniéndole el nombre de Josefina, en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo. Josefina estaba preparada y dispuesta a tomar su vuelo para el cielo.

Unos días después el padre de la criatura vino a visitarme y me dijo con lágrimas en los ojos que que la pequeña Josefina no estaba más. "Lirio de Ifugao y Angel del cielo, ruega por tus paisanos paganos aún."

Algunos meses después se ha

construido una capilla cerca de la choza de Josefina y allí mismo desde donde la angelita saltó al cielo, muchos vecinos regenerados por las aguas del Bautismo, constituyen un pueblecito Cristiano en él que reinan el Salvador y Su Santa Madre.

Querido Bienhechor, a V. va toda la gratitud de mi corazón por haberme facilitado los medios de realizar este oasis de Cristianismo y civilización entre los vecinos de la pequeña Josefina. Desde el cielo le mira sonriendo con sus grandes ojos, implorando sin cesar al Divino Señor para que le bendiga abundantemente en recompensa por tantos favores hechos a los más mínimos de Sus hermanos.

Su siempre agradecido
en el Señor.
J. Moerman.

El Ultimo del Linaje

ALIGUA era un anciano, un hombre respetado y querido por todos los vecinos del pueblo de Agjoamta donde vivía y por cualquiera persona que le conociese. Aligua era un Igorrote rico, muy acaudalado, propietario de muchos arrozales, de incontables vacas y de gran número de mangos.

—“Pero el día que Aligua muera”, así susurraban los vecinos de Agjoamta, “solo Dios sabe quien

heredará todos sus bienes.”

De veras Aligua era muy pudiente, pero no tenía hijos.

Un día estaba yo en Agjoamta. Entrando en la casa de Aligua no encontré a nadie sino un joven vestido al último estilo con un traje perfectamente inmaculado, con corbata de seda y hasta con los pantalones anchos.

—“Good morning, Father... Buenos días, Padre...”

El acento inglés del saludo me

parecía venir del otro lado del Pacífico... Nos introducimos mutuamente y empezamos una conversación interesante y me enteré de una larga historia de “comercio” y de “operaciones de banco” que parecían haber sido la ocupación principal del joven mientras estaba en los Estados Unidos de América... Si era verdad lo que me contaba, entonces su vida en California había sido un éxito desde el principio de su llegada hasta hace poco cuando había vuelto al país de sus padres... “Pero”, concluyó, “como soy yo el último del linaje de los Aliguas, y sabiendo que mi tío está ya en edad avanzada, me decidí a venir a saludarle una vez más; pronto me volveré a los Estados porque si es verdad que allá tengo un encargado de mucho talento, sin embargo siempre vale más que el propietario mismo esté a la cabeza de sus negocios...”

En este momento se podía percibir desde la casa un aceso de profunda tos de uno de afuera, indicando que se acercaba el anciano... Como si ésta hubiese sido la señal esperada del cese de nuestra conversación tan íntima, el joven comerciante se levantó y no sin despedirse antes muy cortemente, desapareció de la casa.

El viejo Aligua subió cuidadosamente y despacio la escalera de la habitación. Como siempre sus ojos denotaban la sinceridad de su corazón y su “salamat” por la visita indicaba la bienvenida más cor-

dial al Padre.

—“Amigo Aligua”, le susurré a los oídos tan pronto como había tomado asiento, “acabo de encontrar a tu sobrino. ¡Qué! Nunca me has dicho una palabra acerca del joven; me ha relatado toda su vida y dice que él es el último del linaje de los Aliguas.”

Estas palabras evidentemente cubrieron la cara del anciano con una nube de descontento... Me hizo una señal y juntos bajamos la escalera para irnos afuera... “El último del linaje...el último del linaje...” refunfuñaba el anciano entre repetidos ataques de tos desfogando su mal contenida ira.

—“Yo le diré la verdad, Padre”, así empezó Aligua después de habernos sentado en un banco debajo de un limoñero; “yo le diré la pura verdad; aquel joven que V. ha encontrado en casa, sí, es mi sobrino. Su padre era mi hermano menor y murió dejando un hijo pequeño que se llamaba Custión. Para decirlo en una palabra, yo hice para con el niño todo lo que pude porque yo no tenía hijos. Le tomé en casa y le adopté como mi hijo propio, pero—y yo no sé de quien pudiese haberlo heredado—era el chiquillo más travieso que uno pueda imaginarse. Verdad, niños pueden ser pillos, muy pillos, pero un pícaro como aquél ni en el mundo entero existía. Fíjese: mataba mis gallinas por la sola satisfacción de matarlas; un día cogió todos mis cerdos, los amarró por las colas y después los empujó

hacia el jardín donde destrozaron todo lo que tenía sembrado. Una vez tenía cogida una rata y ¿qué hizo? Envolvió el animal con hierbas secas que encendió y soltó la rata que se escapó por uno de mis graneros; gracias que algunos obreros lo habían visto sino todo el edificio se hubiese reducido a cenizas. Natural que entonces le dí una buena bastonada, pero ni éso le corrigió de sus travesuras. Un día al llegar a casa, me dijeron que el pillete había tomado mi fusil y disparó matándome mi mejor caballo. Aquella vez, Padre, por poco le hubiera asesinado. Tomando mi látigo le castigué por todo el cuerpo, pero él, en vez de pedir perdón, no hizo más que gritar y vociferar que me iba a matar como había matado mi caballo. Gracias que pudo escaparse de mis manos, sino, no sé lo que hubiera sucedida en este momento. Quería perseguirle y cogerle de nuevo para continuar el castigo pero, siendo él más ligero, no pude alcanzarle. Aquella noche no le vimos en casa. El día siguiente pensamos descubrirle, pero ni traza de él encontramos. De veras sentía ciertos temores porque nunca se puede saber lo que un pillito como él era capaz de hacer; por eso mandé mi gente a buscarle por todas partes, pero nadie pudo darme informes hasta que por fin, nos dijo uno que le había visto en Baguio y que tenía intención de irse a Manila para embarcarse para América... Desde aquel tiem-

po no tuvimos ninguna noticia de su paradero; sin embargo se había marchado en verdad para aquel país. Pasaron algunos años, nunca me escribió una palabra; por eso pensamos que había pasado a mejor vida cuando inopinadamente llegó una carta de él diciendo que vendría a visitarnos. Dónde estaba al escribir estas palabras, no lo sé, pero ayer, de repente entró en casa. Su aparición, Padre, me causó un gran susto, pero le reconocí enseguida porque lleva perfectamente la cara de su padre; mas un hombre más soberbio y loco nunca en mi vida he visto.



Son de Apayao.

¡Ay! ¡Qué hombre tan soberbio y loco!... y como sabe que su tío se hace viejo por eso ha venido; habrá pensado que después de mi muerte todas mis propiedades pasarán a sus manos... Pero, Padre, de ninguna manera; no, nunca, Padre, recibirá él ni un céntimo de mi parte, ni una sola paja heredará de mí aunque fuese mil veces el último del linaje de los Aliguas; mis muchachos y mi servidumbre, que me han servido fielmente,

heredarán mis propiedades porque ellos las merecen...

Y tenga buen cuidado el último del linaje, sino... ¡Ay Apo!...”



Ni dos semanas pasaron sin que el último del linaje hubiese desahogado.

—“El día que le cojan, irá a la cárcel hasta el fin de sus días”, refunfuñaba el viejo Aligua; “y si yo mismo algún día le cojo del cue-

errar hasta el fin de sus días... ¡Ah! ¡Ah! ¡Ah! Vino para saludar a su tío aquél sin vergüenza, pero vamos a ver: yo mismo soy el último del linaje de los Aliguas...”

Y con sus dedos nudosos y con su puño cerrado levantado como para coger al sobrino, añadió:

—“¡Ay de tí, criatura sin vergüenza ¡Si un día puedo cogerte; entonces te encerraré vivo en aquél cajón y echaré la llave al



El P. A. Clearhoudt con el P. R. Gellynck, Bokod.

llo, entonces le encerraré vivo en aquel cajón allá; figúrese, Padre, figúrese que intentó abrir aquél cajón para robar mi dinero, pero tan cierto como mi nombre es Aligua, el día que le coja del cuello, en aquél cajón le voy a en-

río para que nunca jamás en tu vida inútil puedas aparecer de nuevo... Yo, el viejo Aligua, yo soy el último del linaje de los Aliguas...”

Rvdo. Alfonso Claerhoudt,
Misionero, Itogon.

